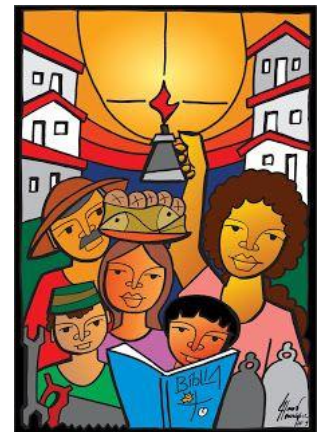


Domingo 5to del Tiempo ordinario Ciclo A (Mt. 5, 13-16) - 8-2-2026

Este domingo seguimos inmersos en ese escenario del monte, en medio de la multitud, recibiendo de Jesús su propuesta de humanidad nueva que es el reino de Dios. Y parece fundamental no perder de vista que la proclamación de que somos sal y luz del mundo del evangelio de hoy, tiene relación directa con lo que para Jesús es ser felices; de lo contrario corremos el riesgo de entender este mensaje desde los criterios del mérito y la supremacía de unos sobre otros: es decir, algunos sí tienen la luz que brilla, -o más bien encandila-, sobre muchos otros que están perdidos y no tienen nada que ofrecer.

Quizá lo primero a resaltar es que lo más humano, lo más nuestro, lo que nos hace ser lo que somos de verdad, es descubrir y compartir la luz que llevamos dentro; es ese sentido que nos habita y que saborea encuentros y abrazos, que mueve a la empatía, a la compasión, a la solidaridad generosa. Somos luz y sal, y a la vez necesitamos elegir en las pequeñas y grandes opciones, vivir desde allí. Sabemos por experiencia personal, social, comunitaria, que hay gestos, palabras, silencios que acrecientan la luz, que entretejen proximidad, y otros que la ocultan: desde la comparación que nos achica, desde la competencia que busca apagar a los demás a cualquier costo, desde la indiferencia que nos cierra a vernos y a cargar unos con otros desde el amor.
Somos luz y sal, invitadas, invitados, a elegir serlo cada día.

Quizá otro aspecto complementario al anterior es que somos sal y luz juntas y juntos. Todos somos y tenemos algo único para compartir, pero ninguno lo es en solitario. Cuando vivimos desde lo más hondo de nosotros y compartimos lo que somos y tenemos, lejos de empobrecernos, ensanchamos nuestra capacidad de iluminar y dar sabor, porque descubrimos fuerzas, iniciativas, creatividad, que ni sabíamos que teníamos.
Somos luz y sal, juntas y juntos.



Quizá un tercer aspecto es respondernos acerca del cómo somos luz y sal, al modo de las bienaventuranzas; cómo es esto de que brille nuestra luz ante los hombres sin caer en posturas contrarias al evangelio como decíamos al principio. Otros textos nos dan la clave: dirá San Juan, “en ésto todos verán que ustedes son mis discípulos: en el amor que se tengan unos a otros” (Jn. 13,35); y el mismo Mateo, más adelante lo vuelve aún más concreto:...cada vez que dimos de comer, de beber, cada vez que socorrimos al desnudo, al enfermo, al preso, lo hicimos por Jesús, (cfr. Mt. 25,40), al modo de Jesús.

Somos luz y sal cada vez que amamos, no en discursos, sino en expresiones concretas que ponen en el centro a quienes más sufren.

¿Cómo podemos generar espacios en nuestras familias, en nuestras comunidades y ambientes de trabajo para que la sal y la luz de cada una, cada uno, pueda compartirse y acrecentarse para el bien común?

Carina Furlotti